

Es, por último, sacrificio *impetratorio*, apto para granjearnos de la divina bondad todo género de bienes; pues como por él damos á Dios el culto debido, muéstrase el Señor propicio á favorecernos. ¡Cuán misericordioso se ostenta el Señor al dejarnos en su Iglesia el augusto *Sacrificio* de nuestros altares! Si los cristianos considerásemos lo que es y lo que vale la santa Misa, ¡cuán de otra manera andaría el mundo! ¡Quéjanse algunos de que son desgraciados, y no se quejan de sí mismos cuando se alejan de la Misa, que es la fuente inagotable de todos los bienes!

13. VÍCTIMA OFRECIDA POR UN SACERDOTE.—Decíamos, en segundo lugar, que la Víctima eucarística era ofrecida por un ministro legítimo, y este ministro es el *sacerdote*, que ocupa el lugar de Cristo. El hombre fué elevado por Dios á tan alta dignidad para ofrecer sobre el altar la sagrada Víctima, reemplazando á Jesucristo, que le ofreció primero en la noche de la Cena. Y nótese mucho que el sacerdote no obra en nombre propio, sino en nombre del mismo Jesús, diciendo las mismas palabras que El pronunció: ESTE ES MI CUERPO, como si él fuera la persona adorable del Redentor. Cristo es en la Misa el principal oferente, y lo hace por el ministerio de un hombre... ¡tal vez pecador! ¡Qué asombro! ¡A cuánto descende Jesús por amor nuestro! Sigamos reflexionando.

14. VÍCTIMA INMOLADA.—Se dirá, por ventura: «Si en el altar hay una víctima, y esa víctima es ofrecida á Dios por el ministerio del sacerdote, ¿dónde, cuándo y cómo se realiza el sacrificio? Las ofrendas de pan y vino las vemos inertes en las manos del celebrante, sin que varíen de aspecto; y si bien es verdad que ellas son objeto de misteriosas ceremonias, no por eso presentan á nuestros ojos otro carácter que el de una simple oblación.»

Ciertamente, así es; pero la fe nos dice que bajo la simple apariencia del pan y del vino se oculta el Hijo de Dios, y que allí muere de muerte mística. El sacerdote habla, habla en nombre de Jesucristo, y en aquel mismo instante las substancias de pan y de vino se convierten en Cuerpo y Sangre del mismo Jesucristo, y Este, hecho víctima divina, queda por aquel sólo acto sacrificado. Vivo se halla el Redentor, puesto que allí obra y expía nuestras culpas; pero su Cuerpo y su Sangre se ofrecen á nuestros ojos separados, cual si estuviera en un estado de muerte. Un ser vivo queda muerto si se aparta su cuerpo de su sangre, y aunque realmente en la Eucaristía cada especie separada contiene á Jesucristo todo entero y vivo, sin embargo, nuestro dulcísimo Jesús expresa, cuanto cabe, el estado de muerte y aniquilamiento caracte-

terísticos del sacrificio, no dando señales de alguna operación vital y exterior. «Lo expresa—dijo un varón eminente—por el eclipse total de su gloria, por el cautiverio de sus sagrados miembros y acciones, bajo las especies eucarísticas, y por la cesación de las funciones naturales de sus sentidos: obscuridad, inmovilidad, silencio y abatimiento tales, que le ponen á nuestra disposición, en términos que podemos tratarle cual á inerte materia; estado misterioso que El no tomará sino á condición de hacerse nuestro alimento y juntar á la destrucción de su ser sacramental la consumación de su sacrificio.» (Monsabré.)

La inmolación de la Víctima, como se ve, es *incruenta*, cual conviene al estado del Cuerpo de Jesucristo en el cielo, glorioso é impassible, y por eso se llama *muerte mística*, es decir, misteriosa, oculta, sin sufrir las consecuencias de la separación real del Cuerpo y de la Sangre, ó sea *la muerte*.

15. VÍCTIMA ENTREGADA Á LOS HOMBRES.—Por último, dijimos que era una Víctima entregada á los hombres, porque á ellos se entregó para morir en la cruz, y á ellos se entrega en la sagrada *Comunión* para ser destruída tomándola en alimento. Por eso la ordenó Jesucristo en forma de pan y vino, y por eso dijo: TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO. TOMAD Y BEBED: ÉSTA ES MI SANGRE.

La Misa, pues, es *un sacrificio que se hace de Cristo y una representación de su vida y muerte*. En cuanto sacrificio, es uno mismo con el de la cruz, sin más diferencia que el modo con que se ofrece (Trident., sess. 22, c. 2), puesto que es la misma Hostia, el mismo sacerdote ofreciéndose al mismo Dios, y por los mismos fines. Y en cuanto á *representación*, ¿qué cosa puede haber más expresiva para traernos á la memoria la inmolación del Calvario? Parécenos muy del caso apuntar aquí las diversas relaciones de semejanza y desemejanza entre el sacrificio eucarístico y el de la cruz.

16. La *Víctima* es la misma, pues en la cruz es Jesucristo quien muere y en el altar es Jesucristo quien se inmola.

El *sacerdote* en la cruz es Jesucristo que se ofrece á sí mismo, y *murió porque quiso*, pues los judíos no fueron más que instrumentos culpables. El *sacerdote* en el altar representa al mismo Jesucristo, porque el presbítero es un ministro que hace sus veces, que habla y obra en su nombre. Los *fines* son los mismos en el Calvario que en el altar; á saber: la gloria de Dios, el agradecimiento, el tener al Señor propicio, y la expiación de los pecados.

Hasta aquí llegan las semejanzas, y ahora comienzan las dife-

rencias, que son las siguientes: El sacrificio de la cruz fué *absoluto*, sin relación á otro; en el altar es sacrificio *relativo*, representando y conmemorando el de la cruz. Sobre la cruz fué necesaria la *inmutación* de la Víctima; en el altar basta la inmutación que precedió en la cruz. (Perrone, *De Eucharist.*, n. 248.)

Sobre la cruz la inmolación fué sangrienta; en el altar sin efusión de sangre.

Sobre la cruz la Víctima murió realmente; en el altar queda como muerta y cual si no tuviera vida.

Sobre la cruz la inmolación se hizo al descubierto y sin velos; en el altar se realiza bajo el velo de las especies de pan y de vino.

Sobre la cruz el cuerpo de Jesucristo fué pasible y mortal; en el altar permanece impasible, inmortal y glorioso.

Sobre la cruz Jesucristo se ofreció para merecer las gracias; en el altar se ofrece para hacer la aplicación de dichas gracias.

17. He aquí, en conjunto, lo que más interesa saber al cristiano sobre la *necesidad* del Sacrificio eucarístico y su *naturaleza* íntima en relación con la sangrienta escena del Gólgota.

Téngase presente que sacrificio, en general, no es más que *la ofrenda hecha á Dios sólo, por un ministro legítimo, de una cosa exterior y sensible que es destruída, ó á lo menos variada, con el objeto de reconocer el soberano dominio de Dios sobre todas las cosas*. No porque el Señor tenga necesidad de nada, sino porque nosotros necesitamos mostrarle nuestra *sumisión y adoración*, nuestro *agradecimiento y dependencia*, y para ello no hay en la religión acto más importante ni más propio que el sacrificio.

El sacrificio de Jesucristo sobre la cruz, y el eucarístico que le reproduce y representa en nuestros altares, y que son un solo sacrificio, es la sustitución de todos los antiguos, é infinitamente superior á ellos, como acontece con la figura y lo figurado. Por eso los numerosos sacrificios de la Ley mosaica han desaparecido con su templo y sus sacerdotes para no volver á existir.

En suma: el Sacrificio eucarístico, ó sea la santa Misa, es un *holocausto*, una *hostia pacífica*, una hostia por el pueblo, una *hostia de expiación*, y por consiguiente es sacrificio *latréutico, eucarístico, propiciatorio é impetratorio*. ¡Oh cuánto interesa á los hombres, en especial á los cristianos, considerar el tesoro inestimable de riquezas que tenemos en el santo sacrificio de la Misa! Darlo á conocer, en cuanto nuestra rudeza alcance, es lo que nos proponemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIV

Declárase la excelencia de la santa Misa.

1. La vida del Corazón de Jesús fué una solemnísimas Misa — 2. El sacrificio comenzó en Belén y terminó en el Calvario.

SI en todas sus obras se ostenta magnífico el amor del Corazón sacratísimo de Jesús, en ninguna brilla con más refulgencia que en el augusto sacrificio de la Misa. En él Jesucristo es, no sólo Sacerdote y Hostia, sino también Sacrificio, pues, como dijo San Agustín. (Libro IV *De Trinit.*), *todo sacrificio visible es Sacramento, ó sea signo sagrado del Sacrificio invisible*. Es decir, que todo cuanto Jesucristo se manifestó inmolado en el madero ignominioso de la cruz, y en la noche de la Cena, y en el Santísimo Sacramento, es un signo sensible de aquella inefable y misteriosa ofrenda con la cual inmoló perfectamente su espíritu y todo su ser al Eterno Padre en favor nuestro, en el templo grandioso de su corazón. Allí, en lo íntimo de sus entrañas divinas, se ofreció á sí mismo, por nosotros, desde el primer instante de su concepción hasta el último aliento de su vida en el Calvario; y todo cuanto en su peregrinación terrena dijo, obró y padeció, fué un continuo sacrificio en su Corazón deífico, por la gloria del Padre celestial y por nuestra eterna salud. Todo cuanto hizo y padeció fué meritorio para nosotros, y por lo mismo toda su vida divina en este mundo fué como una solemnísimas Misa, en la cual El fué el templo, el altar, el Sacerdote y la Hostia. ¡Este fué y es el Corazón dulcísimo de Jesús! ¡Todo sacrificio en El; todo amor para nosotros; todo adoración y gloria para su Eterno Padre!

2. Bellamente expresó esta misma idea el doctor Moëhler, en su *Simbólica* (Lib. I, § 34). Dice así: «Jesucristo fué inmolado sobre la cruz por nuestras culpas; más como había de resucitar é ir al Padre, hízole su amor quedarse en la Eucaristía y residir en ella, pero de una manera invisible, asegurándonos de su real pre-